

Estimado Pável:

No consigo hacerme a la idea de cómo pasarás los días, aunque puede que en breve lo sepa de primera mano, pues ya han registrado mi casa y esperamos que lo vuelvan a hacer esta noche. El cielo está raso y sin pámpanos y el viento sopla helado y se cuele por las rendijas de este caserón medio desvencijado. Quizá a los guardias no les apetezca salir y lo dejen para otro día.

Sin embargo, desde que tu madre vive conmigo los vecinos saben que el samovar está encendido y nunca falta una taza de té para calentar el alma. Afortunadamente ella está fuera ahora, ha ido a entregar los libros y octavillas hasta las minas, y no volverá en días. Es muy valiente, Pável, tu madre. Sé que a veces se siente torpe entre nosotros, incluso se avergüenza por no entender determinadas ideas, pero todos le profesamos una admiración filial desde que, cada mañana, después de que te prendieran, se dirigiera a la fábrica de Sornovo acompañando a la vieja Natascha, la cocinera ambulante, y distribuyera en secreto tus palabras a los obreros.

-Ya es hora de que se hable de la verdad-, decía, y le relucían los ojos como si estuviera reproduciendo los sermones del pope. Ella sabe que no creemos, y reza por nosotros con devoción revolucionaria.

Sabrás que cada vez somos más los perseguidos y detenidos, pero nuestro mensaje prende tanto en la fábrica como en el campo, a la intemperie del frío de la tarde y al rescoldo del fuego de las isbas. Dónde terminaremos cada uno de nosotros no lo sé. Pero sí sé que esta verdad se nos sale ya por los ojos, que nos trasciende, que es universal, y que seguirá propagándose para alcanzar una hermandad de hombres desprovistos de miedo.

Intento mantenerme, Pável, en medio de esta onirorragia de pesadillas que me despierta de madrugada. Hazlo tú también, hay planes sobre ti de los que no puedo hablar aún.

Tu madre te hará llegar esta carta en su próxima visita.

Tu amigo siempre,

Andrei

Escrito por Elena Agúndez García
e.agundez@hotmail.com
